



## VII

### *Jesucristo Sacramentado, Fiel Esposo de las almas.*

*Ecce sponsus venit: exite obviam ei.*

MATH, XXV, 6.

He aquí que viene el esposo: salid á su encuentro.

1. El amor: esa pequeña chispa que salta en el alma y que puede provocar en ella horroroso incendio, es la noble pasión de que el Altísimo dotó al corazón del hombre al crearle. Esta bella pasión, antes del primer pecado, se elevaba hacia su autor cual varita de oloroso incienso, derramando por todas partes fragancias suavisimas, y embalsamando con sus gratos perfumes el trono del Hacedor Supremo. Era entonces, no volcán que vomita ardiente lava y carboniza los objetos que en derredor suyo encuentra, sino lluvia benéfica que templaba los ardores, reduciéndolos únicamente á calentar, mas no á quemar. Una fuerza secreta, cual el oxígeno impele al globo aerostático ascender á regiones atmosféricas, impelía también al corazón humano hacia las regiones celestiales para confundirse con Dios; y esta secreta fuerza, partiendo del corazón de Dios, como de su principio, traía hacia nuestros primeros padres toda suerte de bendiciones. El Criador y la criatura se amaban con amor puro, satisfactorio, feliz, tanto más cuanto que el estado del primer hombre, constituido en justicia original, le llevaba natural-

mente á tener sus complacencias con el Eterno. En este dichoso estado, Adán miraba á Dios como á su único objeto amoroso en quien inflamarse pudieran los tiernos afectos y ardientes suspiros de un pecho calentado en amor purísimo; y aunque le diera por compañera y esposa á la primera Eva, sin embargo, era tal la inocencia de ambos que, no pudiendo jamás apercibirse de su total desnudez, se miraban como espíritus, se amaban como hermanos, con amor ordenado, convirtiendo su ejemplar desposorio al de su Creador, como á único Esposo de ambos. Á Él adoraban como á Dios, respetaban como á Señor, temían como á Juez, amaban como á Padre, y se gozaban como con Esposo fidelísimo.

El Eterno, por su parte, viendo en el hombre la bella criatura racional salida de sus manos, comprendiendo que le era agradecido: por ley de amor recíproco, que con fuerza salía del Ser divino para hacer feliz al hombre, amaba á éste como á la niñeta de sus ojos, le acariciaba y le hacía dichoso en amenísimo vergel de placeres purísimos, concertándose esa perfecta armonía divino-humana que imposible sería pretender explicar.

Mas el pecado entró por desgracia en ese querido ser, de barro formado, y con la culpa entró asimismo la muerte en el mundo; de suerte que todos nosotros, como descendientes del primer Adán, pecamos en él (1); y he ahí explicado, como justo castigo de ese horrendo delito, el desorden de las pasiones que, rebelándose contra el espíritu, pretenden desbordarse y ahogarle en su impuro cieno.

2. La pasión, empero, del amor como más noble, quedó abominable; como más valiente, perdió el freno; nada le contuvo; en lugar de dirigirse á Dios, torció el camino y se inclinó á las criaturas: el amor se había extraviado. Pero Dios, que debía unirse al hombre por amor, al contemplar las escorias de esta pasión, se horrorizó, y, movido de un exceso de bondad, pensó separar el barro que envolvía al corazón humano, limpiándole de las heces de la culpa, purificando

(1) Ad Rom. V, 12.

el amor como se purifica el oro en el crisol; y hé ahí que llegó á limpiarle completamente en el encendido crisol de su Corazón Divino, sensibilizado en el Misterio augusto de su Cuerpo y Sangre. En adelante, los dos amores divino y humano se van á encontrar por medio de este dulce Misterio: se unirán por Él y se gozarán en Él. ¡Ah! «Mis delicias, dijo el Salvador, son estar con los hijos de los hombres (1);» palabras con las que revela su amorosa y justa pretensión de unirse á nosotros, ejerciendo desde la Eucaristía el casto oficio de Esposo. ¡Invención maravillosa de Jesucristo, que por este medio nos atrae, y nos une á sí con los apretados lazos de la caridad!

Estudiemos, pues, á *Jesucristo Sacramentado como Fiel Esposo de las almas cristianas*; lo cual será para el católico una gran luz, y un nuevo consuelo.

#### §. I.

El Cantar de los Cantares, esa égloga pastoril sagrada que pone en campestre escena á Dios y al alma justa, como recreándose castamente entre las bellas flores y las doradas mieses, debajo de las verdes hojas de la higuera y al dulce gorjear de infinitos y variados pajarillos, es el documento importante, es el Libro auténtico, refrendado por mano divina, que nos acredita ser Dios quien busca al alma humana para tener en ella sus puros amores. No seré yo quien vuelva á repetir los conceptos que expuse en el Tratado II de esta Obra, al ocuparme de este Divino Epitalamio, porque allí vimos hasta la saciedad cuán amoroso es Dios para con los hombres, y los requiebros finísimos que dirige al alma cristiana en concepto de esposa suya; sólo, sí, advierto de paso que este Divino Libro en cuestión, que se refiere espiritualmente á Jesucristo Sacramentado y al alma que le comulga, revela altamente el ministerio de Esposo que el Salvador desde la Santa Eucaristía desempeña cerca de las almas puras, sus esposas. Así lo sienten los SS. Padres y Doctores católicos.

(1) Prov. VIII, 31.

3. Mas, al ocuparme de un asunto tan bello y consolador, no pretendo hablar del espiritual desposorio contraído entre Dios Nuestro Señor y aquellas almas ciertamente favorecidas que, ejercitadas en la vía unitiva, se hallan en los quilates de la perfección mística. Preciso es para llegar á semejante estado haber adquirido humildad profundísima; haber sido probado el oro de las virtudes en el crisol de la tribulación y de la sequedad y del trabajo y de la tentación, de las cuales haya salido el alma completamente purificada; indispensable es haber llorado contritamente los pecados, y con la penitencia satisfecho lo que debía; necesario es que no tuviera amor alguno desordenado hacia criatura alguna; porque, según el doctor melifluo, «se engaña muy mucho quien piense que aquella celestial dulzura puede mezclarse con esta ceniza, ó aquel divino bálsamo con esta venenosa alegría, ó los carismas del Espíritu Santo con los atractivos del siglo». Pero, para que os mováis al menos á deseos de amar mucho á Dios, en cuyo mandamiento estriba nuestro deber á la par que nuestra felicidad terrena, os diré que el desposorio espiritual es un amor recíproco entre Dios y el alma, á la manera que existe entre dos cristianos esposos; pero con la marcada diferencia de que aquel amor es enteramente sobrenatural, muy intenso, más que los furiosos arrebatos de las pasiones viles, puesto que lo enciende y atiza el mismo fuego del amor divino, que todo lo abrasa y consume para sí; y matrimonio espiritual es una unión habitual entre Dios y el alma, de suerte que, según el Serafín del Carmelo, (1) en esta unión se verifica tal junta y comunicación de la naturaleza divina á la humana que, sin confundirse, cada una parece Dios. Aquí es donde el alma queda constituída esposa de su Dios del modo más sublime que en este valle de lágrimas puede alcanzar, aquí goza de celestial placer, y esto en tal grado que las mismas penalidades le son dulce refrigerio; aquí es donde come y se sacia del maná escondido, prometido solamente á los que le pue-

(1) De sus obras.

ban; aquí es finalmente donde percibe algo de la suavidad propia de los bienaventurados, con lo cual podrá conjeturar el premio infinito que en las celestes mansiones aguarda á los escogidos.

4. Pero semejante estado no es de todos; arribar á él sólo pueden ciertas almas privilegiadas, fidelísimas cooperatoras á la gracia; mas también es cierto que el Salvador vino para la salvación de muchos; (1) quería unir su corazón al de muchos, para cuyo efecto era imprescindible condescender con la flaqueza humana; era indispensable que Jesucristo se humillase más, para que el cristiano pudiera elevar su cabeza y llegar á la íntima comunicación con su Dios, y Dios halló en efecto ese poderosísimo á la par que admirable medio del Sacramento Santísimo: invención totalmente divina en la que se resume Dios, Jesucristo, el hombre y la creación entera: la creación para el hombre, el hombre para Jesucristo y Jesucristo para Dios; (2) y como en Jesucristo se unen hipostáticamente la Divinidad y la Humanidad, en el hombre deben también unirse realmente la creación con todos sus reinos naturales, para que, aproximándose cuanto puedan Dios en Jesucristo y la creación en el hombre, se acorten las distancias y lleguen á unirse Jesucristo y el hombre, cual esposos verdaderos, por ese medio inefable del Santo Sacramento. ¡Ah! Qué hermosa es la Religión que nos explica estas armonías humano-divinas por medio del amor de Jesucristo!

5. Decía el extático S. Pedro de Alcántara que «ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo profesa á sus esposas las almas que están en gracia, (porque cada una de ellas es verdadera esposa suya) por cuya razón, queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su esposa la Iglesia y de cada una de sus almas, porque ausencia semejante no fuese causa de olvido, dejóla por memorial el Santísimo Sacramento, en el que se quedaba Él mismo, no queriendo que entre Él y ellas

(1) Math. XXVI, 28.

(2) Ad Ephes, I, 10.

hubiese otra prenda que despertase su memoria sino sólo Él» (1). Y á la verdad; si un esposo temporal, debiendo estar lejos por mucho tiempo de la compañía de su esposa, con objeto de agenciar algún negocio preciso, al querer dejarla, como vivo recuerdo, algún objeto querido, la dijese: Yo mismo me quedaré por memorial, ¿no diríamos que tal consorte se había enloquecido por amor á su esposa? Pues nuestro buen Jesús amó tanto á los cristianos que, debiendo cumplir el encargo gravísimo de subir á la diestra del Padre para presentarle los méritos de su Pasión, quedóse antes entre nosotros por recuerdo perenne. Mas ¿cómo se quedó? ¡Ah sabiduría y omnipotencia del Dios Hombre! Quedóse y fué; fué y quedóse. Quedóse sacramentado tan real, tan entero, tan vivo y glorificado como lo está en el cielo, y marchóse al Edén celeste del mismo modo aunque visible á los ojos de los bienaventurados; quedóse velado con los accidentes eucarísticos para mejor entrar en nuestras almas, y marchóse resplandeciente de gloria para mejor forzar al Padre á que nos colmara de gracias; quedóse para amarnos y fué para complacerse en el amor que nos profesa; así quedó entre nosotros para ser nuestro esposo y así partió al cielo para ser desde allí nuestra esperanza. ¡Ah! es que Jesús no podía sufrir que sus esposas quedasen solas por un momento, mientras Él estaba ausente de la tierra; y ved ahí el medio que excogió para estar en su compañía; pues, como asegura con aplomo un célebre autor místico, (2) la condición del verdadero amor es querer tener siempre presente al que ama y gozar siempre de su compañía.

6. En este Memorial divino de su Sangre nos dejó Jesucristo las riquezas de su amor; no es ya sólo compendio de las maravillas divinas (3), sino arca de la nueva Alianza en la que están escondidos el verdadero Maná celestial (4) para alimento de los elegidos (5); la mágica varita del Aa-

(1) Meditaciones de la Pasión.

(2) Ejerc. de perfec. P. II, t. 8, cap. 1.

(3) Ps. CX, 4.

(4) Joan. VI.

(5) Zachar. IX, 17.

rón divino que obra estupendos prodigios á su contacto; y las hermosas tablas de la Ley Nueva, grabadas en el Corazón de Jesucristo, verdadero evangelio práctico que nos enseña las lecciones de ultratumba. En atención á este precioso dogma asegura el citado S. Pedro de Alcántara (1), que Jesucristo, para que sus esposas pudiesen gozar de su tesoro cuando quisiesen, las dejó las llaves de Él en el Santísimo Sacramento; al cual, cuando nos llegamos, debemos pensar, dice el Crisóstomo, que colocamos nuestra boca en el costado de Cristo y bebemos de aquella preciosa sangre, y nos hacemos participantes de su naturaleza. Si, pues, el Salvador nos entrega las llaves de su Tesoro para que tomemos de él á discreción, ¿cuál será el amor que profesa á sus esposas? No suelen, por cierto, todos los esposos temporales conceder á sus consortes respectivas, amplia libertad para que abran las arcas á su deseo; empero Jesucristo quiso derramar toda su sangre, precioso néctar de valor infinito, para que de toda ella nos sirviésemos; y como estaba desparramada por varios lugares, la recogió admirablemente toda en el Misterio del Altar; y á fin de que no tuviésemos horror de beberla apareció ante las generaciones venideras en forma de comida y bebida, para que de esta manera, dice el Agustino (2), siendo el pan y el vino apetecidos de los hombres, no les dé espanto llegarse á recibir este Sacramento inefable. Éstas son realmente las riquezas por conseguir las cuales debía afanarse el hombre, tanto más cuanto que son seguras, y están al alcance de todos, y cuestan poco trabajo de adquirir.

3. Las Sagradas Escrituras han buscado en los reinos de la naturaleza comparaciones bellísimas para hablarnos de las propiedades del Ser Divino; y así como para darnos á entender que tiene providencia suma del hombre, dicen que el Altísimo es como una tierna madre que lleva á su querido hijo en su seno (3), así también para declarar que

(1) Meditac. cit.  
 (2) Tract. 26 in. Joan.  
 (3) Num. XI, 12.

es casto Esposo de las almas, se valen de las frases y de los requiebros que un esposo terreno dirige á su propia consorte, y de los presentes que la ofrece, y del amor que la profesa. En efecto; ¿no es cierto que un esposo temporal dirige á su amada expresiones tiernas y amorosas y apasionadas? Pues no olvidéis que Jesucristo también dirige á la Esposa de los Cánticos (1): Ven, paloma mía, esposa mía, querida mía, ven y serás coronada.—Miel y leche hay debajo de tu lengua, y tus labios destilan miel sabrosa (2).—Has llagado mi Corazón, esposa mía (3).—¿No es verdad que el terreno esposo regala á su esposa? Pues no olvidéis que Jesucristo nos regala con su Cuerpo y Sangre; y la dulzura obtenida en el Sacramento, principalmente después de recibido, es tan grande, dice el Angélico (4), que no se puede explicar con palabras, por gustarse la misma suavidad divina en su propia fuente. ¿No es evidente que el temporal esposo ama como á sí propio á su esposa? Pues no olvidéis que Jesucristo dijo por boca de su profeta que el amor que profesa á sus esposas es más fuerte que la misma muerte; y que muchos y caudalosos ríos no podrían jamás apagar su caridad; por eso la suplica que le ponga á Él como sello sobre su corazón y sobre su brazo (5); porque así como no hay cosa más adherida al objeto impreso como el sello que en él se graba, del mismo modo no puede haber ser ninguno tan adherido á las almas cristianas como Jesucristo. No olvidéis que el Señor ha traducido en obras sus palabras, y su divino amor ha sido tan inmenso é infinito que en prueba de él se nos ha dado todo entero para nuestro sustento; por eso exclama S. Bernardo: Si Jesús es el amor de los amores, ¿quién podrá no amar á Jesús y entrar del todo en Jesús, cuando Jesús viene á nosotros y se da por entero al alma que le recibe? Escribe Bossuet que el hombre que ama, desea poseer á la persona amada, unirse á ella, respirar con

(1) Cant. IV, 8.  
 (2) Id. 11.  
 (3) Id. 9.  
 (4) Opusc. 57.  
 (5) Cant. VIII, 6.